

—Echas de ménos á tus hermanos, le dijo. Quisieras volver à su lado, pero al mismo tiempo me amas, y esto causa tu tormento. Hay un medio para que se realice tu deseo y el mio.

Yo te amo más que á mi vida. Por tí estoy resuelta á hacer los mayores sacrificios.

Habeis venido á conquistar la isla, os habeis apoderado de los Estados de Guacanajari y de Guarionex. Llama á tus compatriotas, que vengan tambien á dominar los míos; yo les brindo con la paz, seré su esclava; pero que no me separen de tu lado, que respeten nuestro amor, y yo cambiaré gustosa por él mi corona de reina.

Miguel sabia que si los españoles llegaban allí, la convertirian en esclava, y no reconocerian el lazo que ligaba sus corazones.

La india repetia sus súplicas.

—Yo sé, le dijo al fin, que amais el oro. Lo habeis buscado en el Cibao, en el rio Jánico y en el Inca; pero en ninguna parte de la isla hay un oro tan puro como el que yo poseo. Ven, ven conmigo, añadió. Vas á ver mi tesoro, y te lo ofrezco para que se lo brindes á tus hermanos. Cuando sepan que existe vendrán aquí, estarán á tu lado, te devolverán la alegría que has perdido, y yo al verte contento seré la más feliz de las mujeres.

¡Oh! Aimohila amaba de verdad á Miguel Diaz.

CAPITULO XLII.

Las minas de Hayna.



MIGUEL Diaz, gujado por Aimohila, salió de la ciudad por la orilla del Ozema, y la reina india le llevó hasta la falda de una montaña que separaba su territorio del que á la sazón ocupaban Guaorocaya y Anacaona.

Un anciano indio salió al encuentro de su reina, y despues de saber el objeto de su llegada, les guió hasta una gran abertura que habia en la roca.

—Aquí están mis ricas minas de oro, dijo Aimohila á Miguel Diaz.

Y por órden suya presentó el indio al jóven aragonés grandes fragmentos de aquel rico metal.

—Todo esto es tuyo, todo esto es de tus hermanos, dijo la enamorada reina á Miguel Diaz.

El aragonés estaba asombrado.

Era imposible una fortuna mayor que la que él habia alcanzado.

Podia decir que él era el que habia conseguido el objeto de la expedicion.

Al volver á la ciudad comunicó á sus camaradas el descubrimiento que habia hecho, y todos disertaron acerca del partido que debian tomar.

—Eso basta, dijo uno de ellos, para alcanzar nuestro perdón.

—Desde luego, añadió otro; el principal objeto del almirante, al descubrir estos países, ha sido encontrar oro que enviar á España; pero todos los esfuerzos que se han hecho hasta ahora han sido inútiles.

—Estas riquezas, dijo un tercero, no nos sirven de nada á nosotros. Si no diéramos parte de que existen, tendríamos que contentarnos con mirarlas, y la verdad es que el oro no vale la pena de esa contemplación.

—En mi concepto, añadió Miguel Diaz, debemos dirigirnos inmediatamente á la colonia, ver al almirante, confesarle nuestro pecado, y manifestarle que, deseosos de contraer algun mérito para obtener perdon, nos dirigimos á este país con el objeto de explorarle. El éxito ha sido lisonjero. Hemos hallado minas de oro, y yo no tengo la menor duda de que, en gracia del triunfo que hemos conseguido, nos perdonará la desercion y nos colmará de mercedes.

Conformes todos en adoptar esta resolucion, habló Miguel Diaz á su esposa.

—Soy demasiado feliz á tu lado, le dijo, para renunciar á tu amor; pero por lo mismo que te amo quiero tu bien, y tu bien exige que me separe de tu lado por algun tiempo.

Aimohila se estremeció al oirle.

—¿Vas á separarte de mí?

—Por breves dias nada más. El objeto de nuestro viaje á estos dominios no ha sido avasallar á los indios, sino encontrar oro. Tú posees ese metal en gran abundancia, y me lo has ofrecido.

Yo á mi vez voy á ofrecérsele á mis hermanos; me premiarán por este descubrimiento, y si tú, como me has ofrecido, profesas la religion cristiana; si recibes el agua del bautismo y quieres acompañarme á mi nacion, allí disfrutaremos en dulce calma la ventura que nuestro cariño nos ofrece, y el galardón á que me harán sin duda acreedor tus bondades.

Aimohila comprendió la sinceridad de Miguel Diaz y aceptó el sacrificio.

Con la promesa de que no tardaria en volver acompañado de muchos españoles, que se establecerian en las fértiles orillas del Ozema, partió Miguel Diaz, no sin explorar ántes el país y observar su feracidad, su belleza y lo saludable del clima; se dirigió con sus camaradas á la Isabela, guiado por algunos indios, que por atajos los llevaron en breve tiempo al término de su viaje.

Los primeros colonos que los vieron los recibieron con las mayores muestras de alegría, porque, despues de haberlos buscado inútilmente, habian creído que los indios se habian vengado en ellos de las derrotas que habian sufrido.

Se aumentó la alegría de Miguel Diaz al saber que su adversario Timoteo Ubarburu se habia restablecido de su herida, y con mayores ánimos llegó á presencia de Colon.

Realizando al pié de la letra su plan, manifestó al almirante los motivos que habia tenido para desobedecer las órdenes de Ojeda, no pudiendo Colon ménos de asombrarse al oir que habia descubierto ricas minas en los estados de Aimohila.

Aquello colmaba todas sus esperanzas.

No podia ménos de ver en aquel suceso la mano de la Providencia.

Estaba resuelto á partir al mismo tiempo que Aguado para contrarestar las calumnias que á todas horas se fraguaban contra él.

Pero no podia oponer á aquellas acusaciones más que palabras.

Desgraciadamente el tributo que pagaban los indios no bastaba ni con mucho á indemnizar á los reyes los gastos que ocasionaba la colonia.

Era casi seguro que, no teniendo paciencia para esperar los

resultados que auguraba, influyesen en el ánimo de los reyes las diatribas de sus adversarios y cayese en el desprestigio.

Pero con las noticias que acababa de darle Miguel Diaz todo cambiaba de aspecto.

Podía añadir á las palabras hechos, y hechos que justificaban sus predicciones.

Si era cierto, como el aragonés le indicaba, que habia grandes pedazos de oro, que podian extraerse de las minas, á los argumentos de sus enemigos podia contestar con aquellos tesoros, y su triunfo era seguro.

Inmediatamente dispuso que volviera Miguel Diaz con Francisco de Garay y algunos soldados á tomar posesion de las minas, en tanto que él recorria el rio Ozema para estudiar las condiciones del terreno y trasladar á sus márgenes la colonia, si, como creía, era mucho más saludable que la Isabela.

Miguel cumplió su palabra, y Aimohila hizo entrega formal de las minas de Hayna, que así se llamaban, por nacer cerca de ellas el rio de este nombre.

Colón pasó de la Isabela á la Magdalena; atravesó la Vega Real, llegó al fuerte de la Concepcion, y volviendo hácia el Sur por el fértil llano de Bonaó, llegó al rio Hayna, en cuyas aguas empezó á descubrir las grandes cantidades de oro que arrastraba.

Miguel Diaz no le habia engañado.

En la margen occidental de aquel rio, algunas leguas ántes de llegar á las verdaderas minas, halló partículas de oro mucho mayores que cuantas habia visto hasta entónces en la isla, y de mejor calidad aún que el que encerraba en sus entrañas el monte del Cibao.

El ensayador que habia venido en compañía de Aguado, y que en aquel viaje exploratorio acompañaba al almirante,

declaró que en aquellos terrenos podia cada trabajador reunir al dia tres granos de oro.

Al fin y al cabo llegó la comitiva á las minas, las visitó Colón, y no pudo ménos de sorprenderse al ver las excavaciones de remota antigüedad que presentaban.

De nuevo se reanimaron las ilusiones en su espíritu y llegó hasta á creer que la Española era el antiguo Ofir.

Aquellas minas tenian que ser por fuerza las que poseía el rey Salomón, las que habian dado el oro suficiente para la edificacion del famoso templo de Jerusalem.

Partiendo de este error, suponía que las antiguas naos habian pasado por el golfo Pérsico para llegar allí, y de deducción en deducción volvió á afirmarse en las creencias que tantos desengaños le habian proporcionado.

Entónces no se trataba de Ofir.

Padecía un error, hijo del atraso en que se hallaban los estudios geográficos.

Pero lo cierto era que aquellas minas producian mucho oro, con el que podia destruir los malévolos argumentos de sus encarnizados enemigos.

Miguel Diaz y sus camaradas fueron perdonados, y lo que es más, obtuvieron el favor de Colón.

Tomando posesion de la ciudad, nombró gobernador de ella á Miguel Diaz; Aimohila abrazó la religion cristiana, fué bautizada con el nombre de Catalina, y uno de los misioneros bendijo su union con el afortunado aragonés.

Fué, pues, el primer gobernador que vivió maritalmente en aquellos países descubiertos por el génio del inmortal Colón.

Cargado de oro regresó el almirante á la colonia, procurando guardar el mayor secreto acerca del último descubrimiento, para que Aguado no pudiera renunciar á los planes que lle-

vaba, planes cuya realizacion convenia al almirante, porque cuanto mayores fueran las calumnias, mayor seria su triunfo al destruirlas.

Dijo al investigador que, aunque habia oro en el país que habia ido á visitar, era difícil extraerle de las minas; mandó cargar el precioso metal que habia reunido en la *Santa Cruz*, que ya estaba terminada, y lo dispuso todo para su partida á España.

CAPITULO XLIII.

Hambre á bordo.

ANTES de partir mandó llamar Colon á los capitanes de las fortalezas, y reuniéndolos en su palacio con los funcionarios más importantes de la colonia, les anunció su próximo viaje, participándoles que delegaba todas sus facultades en su hermano Bartolomé, á quien ya anteriormente habia nombrado Adelantado mayor, con orden de que le sucediese en el mando su hermano Diego si por casualidad el primero perecia durante su ausencia.

Hizo ofrecer á todos sumision y obediencia hácia Bartolomé, encargó á Miguel Diaz que explotase con actividad las minas de Hayna, designó las personas que debian acompañarle, las más perjudiciales en la colonia, y lo dispuso todo para darse á la vela el 10 de Marzo del año de 1496.

Hacia tiempo que habia concebido Colon un plan, y ninguna ocasion era más favorable que aquella para realizarle.

Tenia prisionero á Caonabo, y cuantos esfuerzos habia hecho para vencer su entereza habian sido inútiles hasta entónces.

Ni las amenazas le quebrantaban, ni los agasajos trocaban en gratitud el odio que sentia hácia los españoles.

Ni una sola palabra, ni una sola queja exhalaban sus labios.

En el fondo de su alma abrigata el indómito rey la creencia de que los suyos le vengarian, arrojando para siempre e